

Los historiadores y “nuestros” campos de trabajo: algunos aspectos de la articulación entre la formación académica y “el afuera”.

Ana Laura Montani¹

“Evocar el pasado requiere arte tanto como información” (Hayden White)

La pregunta del para qué de la Historia como disciplina y las variadas respuesta que a lo largo del tiempo ha tenido, pasando por las diversas funciones y lugares del historiador, es una cuestión en la que no me detendré, ya que ha sido largamente debatida y creo, no hace falta en este contexto legitimar o defender la fundamental importancia del estudio y la enseñanza de la historia. Conocer el pasado / enseñarlo/ comprender la realidad/ intervenir en ella/ la función social del historiador y de la historia como disciplina/ construcción de identidades y naciones, etc. ¿Enseñar a quién y para qué?: de las muchas respuestas que estas preguntas han tenido en distintos momentos es evidente que son muchos y variados los campos de trabajo y acción de los historiadores. Sin embargo, desde hace décadas, la formación académica universitaria determina dos: la educación formal (pensando sobre todo en el mismo nivel superior y como alternativa el nivel medio) y la investigación.

Abordaré algunos aspectos problemáticos sobre la relación de la formación académica/ profesional y la inserción laboral de los historiadores en una perspectiva más amplia, basándome sobre todo en la propia experiencia, que excede la docencia universitaria y media, tanto como la investigación en el ámbito académico. Partiendo de considerar que la enseñanza de la historia no se da únicamente en las instancias institucionales de la educación formal en términos de escolarización, me referiré también y sobre todo a su enseñanza a públicos más amplios, a diversos sectores de la sociedad, lo que comúnmente catalogamos como “divulgación” o transferencia, y que es en verdad una batería de actividades bien amplias, que involucra otro tipo de gestiones e instituciones, como medio audiovisuales, museos y editoriales educativas.

Las carreras universitarias están orientadas a la formación en dos ejes: la investigación y la docencia, muchas veces en tensión entre sí, como carreras diferenciales, y no se brinda formación alguna para la amplia variedad de campos de acción que los historiadores podemos/debemos afrontar a lo largo de nuestro desarrollo profesional, y en el mundo extramuros de las universidades. Podemos identificar tres ejes problemáticos principales, relacionados entre sí:

En primer término, existe un desajuste entre capacitación /formación profesional de grado y postgrado, marcado por la hiperespecialización, y la necesidad de un marco de referencia más amplio y general de conocimiento para desarrollar tareas disciplinares en otros ámbitos. No sólo para dirigirse a un público general se requiere una mirada amplia y un contexto general de conocimiento en el cual uno debe moverse con cierta comodidad y experticia, también en los diversos niveles de la educación formal: primario, secundario, terciario y hasta en la formación docente de postítulos, la mirada de amplio alcance, la puesta en contexto y perspectiva general para los procesos históricos, son fundamentales. Sin olvidar además, que fuera del mundo académico y para la sociedad, un historiador es un especialista en todos los temas y periodos, un docente enseña tanto historia argentina de mediados del siglo XIX, como historia de la Edad Media europea, historia del Imperio romano o el antiguo Egipto. En el caso puntual y personal del desempeño profesional en el Museo Histórico Nacional, se hace evidente este punto, ya que el rol como historiador implica el desarrollo de contenidos, textos, guiones -tanto de muestras como ampliados para las visitas guiadas-, para una amplia variedad de temas y ejes posibles, en función del

¹ Profesora y Licenciada en Historia egresada de la Universidad Nacional del Sur, se encuentra realizando su tesis doctoral sobre educación y cultura a inicios del siglo XIX en Buenos Aires. Trabaja como investigadora en el Museo Histórico Nacional, como docente en la UNS y en carreras de especialización, y ha trabajado hasta 2015 como autora de contenidos para una importante editorial educativa, en textos de nivel primario, secundario y superior.

patrimonio de la institución, de pedidos de autoridades, de fechas significativas, políticas culturales, etc; para muestras permanentes y temporarias que van desde una perspectiva cronológica que abarca siglos, a una perspectiva de núcleos problemáticos como pueden ser perspectiva de género, historia del arte, de los sectores populares o la elite, de la guerra, la niñez, el retrato, la configuración del territorio, la historia de las instituciones, de la inmigración, de la iglesia, y cientos de posibilidades más.

En segundo lugar, hay algo como “carrera laboral” o profesional a la par de carrera “académica” que implica un saber hacer y unas capacidades diferenciadas, y que reciben por parte de la propia disciplina una valoración diferencial negativa, o mejor dicho, menor o “de segunda”, esto es creo, un problema grave a resolver, porque es uno de los motivos por los cuales no se prepara ni se enseña este saber y saber hacer. El prestigio y la carrera académica no siempre va acompañada de una articulación con salida laboral y por ende, la formación académica no asegura vivir de la propia profesión en los términos de la investigación tradicional, me refiero a universidades e institutos como el CONICET. Mientras hay una carrera o desarrollo laboral que lo permite e implica, implícitamente y de modo no reconocido, menos prestigio, pero nunca menos esfuerzo y formación, por ejemplo: diversos niveles de docencia no universitaria, divulgación (un campo sumamente amplio), cursos/seminarios y talleres, en mi caso para formación de cuadros y dirigentes en sindicatos, agrupaciones políticas, para adultos mayores, formación para la dirigencia en agrupaciones profesionales, o público en general. Como mencioné anteriormente, las visitas guiadas (también muy variadas en sus objetivos y público), escritura de textos y contenidos, trabajo en Instituciones como Museos Históricos (hay más de 200 en todo el país), medios de comunicación, etc. Es decir aprender a enseñar y comunicar para público no específico, muy variado, historia pensada por fuera de la discusión con los pares o estudiantes de historia, implican por ejemplo una gran destreza en el manejo de diversos lenguajes y trabajo interdisciplinario. En el caso de la autoría de contenidos para textos o en el asesoramiento para producciones audiovisuales, es fundamental el manejo de las imágenes, saber leer y decir con imágenes, no sólo con documentos escritos; en el caso del trabajo en museos históricos es necesario desarrollar una pericia particular para “contar” o narrar y explicar por medio de objetos, la base fundamental no son ya las fuentes sino el patrimonio material. Se trabaja entonces en conjunto con conservadores, museólogos, arquitectos, curadores, etc, y para este intenso trabajo interdisciplinario y usando otros lenguajes y soportes del relato histórico, no hay formación ni capacitación en las carreras de grado, en la actualidad es un saber que da la propia práctica.

Todas estas alternativas, que son campos laborales y actividades propias de historiadores, o debieran serlo (ocupadas si no por otras disciplinas o por historiadores no formados como tales o de estrato “no académico”), pero sin embargo no son contemplados en los perfiles de graduados, ni en la formación disciplinar, y suelen no ser validados como deseables o prestigiosos, sino catalogados como alternativas ante la limitada oferta de plazas dentro de los claustros, hecho que dificulta también la valoración de estas tareas y la función social de los historiadores por parte de la sociedad en general. Si bien ha sido así tradicionalmente, pudimos observar en los últimos años un cambio positivo al respecto, acentuado por la demanda dentro del campo laboral.

El tercer problema a mencionar es la relación de la educación superior con otros ámbitos de la docencia, tanto con la educación de nivel primario y medio, como con ámbitos del saber histórico no tradicionales, que han crecido de manera exponencial acompañando los cambios en la sociedad, en la tecnología, en los modos de enseñanza/aprendizaje y de acercamiento masivo/popular al conocimiento o la información, así como a la luz de la demanda social por el saber histórico/conocimiento del pasado. Se ha generado un variado, interesante y amplio campo de acción y desarrollo laboral para la disciplina, que requiere sin embargo una praxis que la formación universitaria no da o lo hace de modo muy deficitario. Puedo dar dos ejemplos a partir de la propia experiencia profesional: la enseñanza en la formación docente para maestros de escuela primaria, dentro del marco de una especialización en Enseñanza de las Ciencias Sociales requiere, además de

la adecuación lógica de los materiales de estudio, los contenidos multimedia, los enlaces web, una variada gama de tics y materiales digitales a través de los cuales docentes de todo el país acceden a los avances historiográficos y a materiales para trabajar en clase con alumnos que requieren herramientas de estudio que exceden ampliamente al clásico texto. Esto sin mencionar que la plataforma de clase e intercambio entre docentes cursantes/ docente formado era virtual. Tanto en este caso como en la experiencia como autora de contenidos y textos para manuales y libros de estudio de una editorial educativa, el trabajo con las ya mal llamadas “nuevas” tecnologías y las imágenes – tanto reproducción de pinturas como fotografías, videos, etc- es parte estructurante del trabajo disciplinar. Enseñar historia por medio del lenguaje escrito exclusivamente, es hoy una tarea además de anacrónica, imposible, salvo que estemos dispuestos a un fracaso seguro en el entendimiento con nuestros interlocutores. El trabajo del historiador, al momento de “escribir” un manual o libro de estudio, implica no sólo el manejo y conocimiento de los contenidos conceptuales y temáticos, la capacidad de escritura y síntesis, sino también el manejo de la gran variedad de recursos digitales, audiovisuales y la composición entre texto e imágenes para la transmisión de la información. Las guías y actividades para el trabajo tanto de docentes como de alumnos de distintos niveles incluyen en todos los casos análisis de imágenes además del discurso y la terminología específica de cada periodo y/o tema, desde las actitudes, vestimentas, objetos e interacciones presentes en la imagen, rasgos de época, de género, y muchos etcétera que aportan información sobre el tema a desarrollar, que no se superpone a lo dicho en el texto, sino que lo complementa o completa. Una pintura o una foto no es decorativa en el contexto de enseñanza, “dice” siempre muchas cosas, es necesario que el historiador sea consciente de ese discurso, de esa información, para seleccionarla y direccionarla a conciencia, para completar el discurso general del texto y los inter-textos. Estos aspectos entre muchos otros, sin mencionar el trabajo interdisciplinario con diseñadores y editores. De diverso modo, aunque no muy alejado, es el trabajo de selección de imágenes, cuadros y objetos al momento de montar una muestra en un museo para “contar” determinado hecho, explicar un periodo o proceso del pasado. Un ejemplo muy básico a modo de ilustración de lo dicho: si estamos pensando una muestra sobre la Independencia americana y el Cruce de los Andes, frente a una variedad de objetos que debemos consensuar con conservadores y quienes diseñan el espacio y las posibilidades espaciales y estéticas de una sala, desde el guión histórico no es indistinto seleccionar un yesquero, el equipo de mate, un escritorio y un poncho del General San Martín, que armar una vitrina en donde los elementos que lo representen sean un traje militar de gala, un sable, un sextante y un chifle. Del mismo modo, en una sala de museo o un texto escolar, seleccionar un retrato de Juan Manuel de Rosas en traje militar ostentando actitud de poder no brinda la misma información que si la pintura seleccionada es la del gobernador vestido de capataz de estancia, interactuando con un grupo de gauchos o en actividades del campo. Hay mucho para decir al respecto en ambos casos, pero sirva sólo la mención superficial y fragmentada a modo de ejemplo.

Considerando todo lo expuesto, podemos decir que hay un desajuste entre la matriz del modelo académico y el mundo fuera de las universidades, sobre todo el laboral; motivo por el cual muchas veces quedan desconectadas de las demandas sociales, aisladas de variedad de campos de acción que son ocupados por “historiadores” no profesionales o no académicos, que más allá de la diversa calidad de sus producciones no utilizan los sustanciales aportes que la historiografía ha realizado en el período posterior a la última dictadura, repiten modelos o explicaciones simplistas, más ligados a viejas estructuras de pensamiento binario. No es novedad decir que existe una distancia grande entre la producción historiográfica con estándares “científicos” y el interés por contenidos históricos de quienes no están involucrados en ella. Estamos de acuerdo en los serios problemas que esto puede generar, pero ¿qué hace el mundo académico por responder a esas demandas y ocupar esos lugares? Hay un modelo anacrónico de egresado, incluso de investigador, en tanto no está contemplada la formación para realizar transferencia y/o divulgación del saber producido, el propio y el de colegas. No se enseña a hacer transferencia de los conocimientos generados por el mundo historiográfico a otros niveles, dentro del sistema educativo y en la sociedad en general. ¿Por qué se

considera el difícil y necesario trabajo de transferencia de menos valor que la investigación primaria?

Debemos en primer término hacer visibles estos problemas, las falencias y los desajustes con la “realidad” de nuestro campo profesional y formativo, del vínculo del académico con la sociedad y otros niveles de enseñanza, para trabajar al respecto. Es necesario por ejemplo formarse para trabajar de modo multidisciplinario, como los requieren campos laborales y de enseñanza no universitaria, ¿no implica acaso igual o mayor necesidad de destreza profesional, apertura mental, profundidad del conocimiento de la especificidad para articularla con otros lenguajes y en distintos medios, con otros saberes y objetivos? Es cierto que se aprende haciendo y en muchos casos hay capacidades y predisposiciones individuales, pero éstas podrían y debieran ser salvadas por una capacitación acorde al campo de acción disciplinar.

La realidad del campo profesional parece indicar que una gran gama de actividades ligadas a la transferencia constituyen una salida laboral destacada para los egresados de las carreras de historia. No hay estadísticas “oficiales” al respecto y muchas veces las ocupaciones no se dan en modo total, sino que alguien puede combinar tareas docentes o de investigación con otras de divulgación, pero es uno de los modos en que los historiadores se ganan la vida. Esa lógica es distinta a la de las otras ramas disciplinares ya que no está institucionalizada ni reglada. No es nuevo que los historiadores trabajemos en museos, en editoriales, elaborando materiales didácticos o audiovisuales, en formación docente o dirigencial, el tema es que la llegada a esos espacios habitualmente no está planificada, pero es bueno que los estudiantes sepan que esos destinos no son sólo hobbies o paliativos laborales de segunda sino posibilidades de intervención profesional sumamente interesantes. En Argentina hay más de 210 museos que podríamos llamar “históricos” (nacionales, provinciales, municipales y privados) y no suele visualizárselos como una salida laboral posible, ni las carreras universitarias brindan algún tipo de formación específica para esas tareas, a pesar de que todos ellos necesitan contar al menos con un historiador y en general varios más, para los guiones y las investigaciones. Es paradigmático el Museo Histórico Nacional, que cuenta entre otras, con un área de educación, para articular la enseñanza con los distintos niveles- desde jardines de infantes a universidades, tercera edad, y público en general-, Archivo y un área de investigación, formada por historiadores, responsables de contenidos, textos y guiones de muestras. La alternativa de trabajar en esos espacios implica también ciertas técnicas que habitualmente se aprenden en la práctica –algo que tiene un costo alto– y que podrían enseñarse previamente. La formación en historia debería preparar técnicamente a los egresados/historiadores para desempeñarse en distintas facetas de la profesión.

Podemos pensar además otros motivos, enriquecedores del campo disciplinar, por ejemplo una razón epistemológica: el ejercicio de la enseñanza de la historia al llamado “público general” o a niveles primario y secundario, lleva a miradas amplias, de reflexiones sobre la propia práctica profesional, a la necesidad de leer a colegas y buscar puntos de contacto y diferencias, es un buen estímulo para repensar las narrativas académicas, los modos de escritura y los nexos explicativos/argumentativos, y es un modo de luchar contra la hiper especialización, uno de los males disciplinares.

Sería necesario entonces tener claro que, a la par de la investigación, es relevante y debiera ser igualmente prestigioso realizar actividades de transferencia, que deben ser consideradas un aspecto central de la disciplina en tanto interactúan con otros ámbitos del mundo educativo, social y cultural. Esta articulación enriquece ambos campos y genera debates, problemas y necesidades que surgen de la actualización historiográfica en diálogo con la sociedad y su conocimiento histórico. La disciplina debería promover que quienes investigan también se preocupen por divulgar sus aportes, como parte de sus objetivos.

El segundo punto sobre la formación universitaria, es que se pueden trabajar algunos aspectos “técnicos” a lo largo de la carrera, o con materias más específicas, sin embargo así como uno no

aprende a investigar historia a través de clases de metodología –aunque son necesarias y muy útiles– sino leyendo los trabajos de buenos historiadores y sobre todo con la práctica real de hacer investigación. En mi propia experiencia diría que la formación para la enseñanza de la historia en distintos medios debe centrarse en valorar la forma y no sólo el contenido, y en trabajar sobre formatos específicos, distintos a los universitarios. No es solo importante lo que transmitimos y cómo lo fundamos –el andamiaje empírico y bibliográfico–, también es clave de qué modo lo transmitimos. El problema central al trabajar en transferencia es la forma, no el qué, que es el mismo contenido e información que a nivel académico en términos generales, sino el cómo. Las reglas “profesionales” legitimantes de la producción científica, adoptadas en las últimas décadas, desde los años ´80, alejan al lector no especializado y generan una distancia insalvable entre la producción para los pares y la posibilidad de una lectura histórica más masiva o general. La escritura historiográfica se ha ido alejando de la forma literaria y del relato explicativo, si bien en los últimos años la narrativa retomó un rol más protagónico, la disciplina fue adoptando una escritura elitista, muy poco amable o seductora, destinada a quienes deben comprender por fuerza, pero sin pretender invitar a esa lectura.

Lo mismo la distancia y desarticulación o falta de trabajo conjunto y diálogos entre los discursos y políticas públicas con la actualidad del conocimiento historiográfico, me remito nuevamente al ejemplo de los museos, posiblemente no en todos los casos, y de hecho hay desde hace unos años cambios al respecto. Hasta hace unos cinco años el Museo Histórico Nacional, de llegada amplia y masiva², ya que recibe miles de visitantes, argentinos y extranjeros, visitas de escuelas de todo el país, tenía un montaje anticuado, casi decimonónico, desvinculado del conocimiento, mirada y actualización del campo historiográfico “académico”, y si bien en los últimos años se han ido salvando distancias, aún resta mucho por hacer, por ejemplo en la narrativa de visitas guiadas, en el guión histórico general, el vocabulario, las matrices explicativas, etc.

En relación a las formas y a la especificidad de enseñar/ divulgar historia en ámbitos no académicos, y a un público variado, podría enumerar algunos aspectos basales del trabajo de “adaptación” en el cómo transmitir los contenidos, a modo de herramientas prácticas:

- La forma es tan importante como el contenido. Incorporar la narrativa, un discurso con base empírica pero desde una narrativa más amena, que invite, que atrape. Debemos recuperar la narrativa explicativa de ser posible con un relato de base cronológica. Tener en cuenta los nexos causales. Cuando digo la forma, me refiero fundamentalmente al modo de escribir, incorporar registros como el literario, y en todo caso llevarlo luego a una explicación oral. Ser más flexibles, poder adaptar contenidos a formatos diversos. La carrera universitaria no forma en la escritura, en la búsqueda de un estilo narrativo, que no implica abandonar el rigor empírico o el fundamento de evidencia, sino el esfuerzo de invitar a la lectura. Un texto no es menos “científico” por ser de lectura agradable o amena, allí subyace uno de los prejuicios que enuncié al inicio. Estamos entrenados para transmitir herméticamente a pares con un lenguaje inaccesible al ajeno a la disciplina, más allá de otras particularidades que una producción académica sí debiera respetar, pero que no hacen a la forma en sí.

- No dar nada por sabido o conocido, o lo menos posible: tanto en hechos y contexto, como en términos y vocabulario. En sintonía con lo anterior, el tema de la terminología es central, no siempre es necesario una única y determinada palabra para decir algo específico, hay “jerga” interna que puede evitarse, y los conceptos pueden desarrollarse brevemente o usar sinónimos que son más accesibles, por ejemplo: ad hoc, a priori, concatenación fáctica, estructura de sentido, performático, representaciones sociales, etc.

2 El MHN recibe en promedio de tres a cinco escuelas diarias, más tres visitas guiadas al público en general, los fines de semana con un promedio de 50 a 60 personas por grupo, unas 300 personas recorren cada día sus salas y leen los textos, más los pedidos de charlas y cursos, por ejemplo a docentes, formación en terciarios, guías de turismo, carrera de museografía, etc.

-Marcar siempre y con ejemplos las miradas, conceptos y lecturas anacrónicas, tan frecuentes fuera del ámbito profesional. Recuperar y enseñar la historicidad en los hechos y procesos, así como evitar y enseñar a evitar el anacronismo. Algunos ejemplos recurrentes en las visitas guiadas del museo son el concepto de clase, ciudadanía, sistema económico y político con conceptos que han variado a lo largo del tiempo como el de libertad, república o igualdad.

-Es fundamental enseñar a pensar históricamente. Que las palabras, los conceptos, las creencias, “lo dado” como natural, no lo es, que no existe lo universal e inmutable, que los hechos y las ideas tienen un devenir, no existieron siempre, tienen contexto y razón de origen, han ido cambiando de sentido y valor, historizar es un modo de pensar que puede/debe enseñarse. En este sentido también se enseña a no pensar y explicar teleológicamente.

Estas cuestiones no están peleadas ni excluyen a los elementos estructurantes del conocimiento y la producción histórica académica; la rigurosidad de los contenidos y la información, la incorporación de la problematización, la complejidad evitando el maniqueísmo, la existencia de un aparato erudito de fondo, que si bien la mayoría de las veces no se explicita, está presente en la elaboración de los contenidos y es soporte del relato, así como la posibilidad de utilizar documentación. Por ejemplo, en el MHN están exhibidas dos invitaciones originales al cabildo abierto del 22 de mayo, y a través de esos documentos se analiza la estructura de la sociedad colonial, el concepto de vecino, la participación política, el funcionamiento del cabildo, el estrato social de los invitados, ya que una de las esquelas fue usada por su destinatario como papel para hacer sus cuentas comerciales, entre otros aspectos del proceso revolucionario y la sociedad de la época. También he incorporado cantidad de documentación en mi experiencia de escritura de manuales de historia, tanto para primaria como para niveles superiores, los textos incluyen fragmentos de fuentes con actividades o guías de análisis que ayuden a los alumnos a extraer de ellos información.

- Poner atención al eurocentrismo, eliminar la idea de etapas evolutivas de las sociedades, un “avance” hacia adelante, la idea entonces de mejor o peor en términos de civilización y barbarie, la modernización como meta o idea de norma hacia la civilización occidental, y la idea de etapas o hechos que se desvían de la norma.

- Nos encontraremos todo el tiempo con ideas previas, prejuicios o saberes “erróneos”, hay que luchar para modificarlos, pero no desde la censura, sino trabajar a partir de ellos, capitalizarlos. Hay un “saber” pre existente en todo receptor, hay demanda, hay preconcepciones, hay muy arraigados mitos, sobre todo en relación a la historia “nacional”. A los mitos debemos disputarlos, generar alternativas narrativas superadoras y no anuladoras, negarlos es ingenuo y sobre todo una apuesta al fracaso seguro, pretender extirpar los mitos nacionales, sobre todo fundacionales, es imposible, no se los confronta por la negativa, sino que se parte de ellos para problematizar, pensarlos a la luz de nuevas evidencias, de otras explicaciones, no debemos confrontar el saber “popular”, debemos guiarlo, se disputa la hegemonía de la explicación. La mitología “nacional”, los héroes, los relatos escolares sobre la nación y la idea de patria como esencialismo previo al Estado y motor de la independencia es aún muy fuerte. La enseñanza/ divulgación generada desde la producción académica, como campo profesional de los historiadores, entra en competencia por un lugar dentro de los discursos históricos existentes en la sociedad, en especial sobre historia argentina. No hay demasiadas alternativas, damos la batalla o dejamos que se acentúe la distancia entre el saber erudito y el social.

- De este último ítem se deriva la lucha contra el esencialismo. Erradicarlo y evitarlo en la supuesta “simplificación” que implica adaptar contenidos. Los ejemplos más recurrentes son: nación/patria/ identidad/ clases/Estado Nación.

- Considerar la existencia o inexistencia de una posición de poder/saber: Tener en cuenta la diferencia entre la enseñanza tradicional y sobre todo universitaria, en donde por el solo hecho de estar “al frente” o a cargo de una clase, se tiene una situación de poder, de disparidad, implica

autoridad casi indiscutida sobre determinado tema, etc, pero muy distinto es cuando no se está “dando clase”, sino enseñando de modo no institucionalizado y sin la investidura de autoridad. Debemos dialogar y trabajar con el emergente, ya que la desacreditación invalida todo lo que queremos corregir, hay que “acompañar” en la rectificación, aprender a deconstruir ideas previas, porque no son anulables.

Por último y a modo de cierre, para hacer transferencias y trabajar en este amplio campo, para articular el saber académico y especializado con la sociedad y sus demandas, no hay un modo, una única respuesta, una forma, una receta; justamente lo que intento plantear es la necesidad de tener la capacidad de hacer visibles las problemáticas puntuales y específicas de cada caso. Tener la capacidad de reformular los modos para realizar una transferencia de contenidos, información y saberes en función del contexto, de la necesidad, del interlocutor concreto, partir de la premisa no sólo del para qué, sino a quién/ quienes estamos hablando. Hay que definir el público de destino para la tarea, los receptores de ese esfuerzo de transferencia, puede ser más o menos amplio y general, y en función de la respuesta, hay variedad de formas/ modos y necesidades que contemplar. Las demandas, campos de acción y posibilidades son muy variadas y amplias, hay mucho por pensar y por hacer desde la propia disciplina, hacia adentro, hacia afuera y en los intersticios de interacción entre ambos “mundos”, que en la práctica de los historiadores están mucho más conectados que en el ideal de los perfiles formativos y estrictamente académicos.

Si bien se aprende haciendo y la práctica genera saberes y praxis que exceden a la teoría, el esfuerzo para mejorar y “completar” nuestra formación y capacidades disciplinares es necesario. Desde hace ya unos años se viene ampliando la mirada, repensando la formación de grado o pensándole mejoras y capacitaciones para quienes trabajan o quieren hacerlo en otras áreas de enseñanza, pero es aún una problemática pendiente, así como desde la propia concepción profesional queda mucho por modificar y por hacer. De modo paralelo es necesario un cambio cultural en la disciplina y brindar una capacitación o formación “técnica”, de praxis específica que nos habilite más fácilmente el desarrollo laboral en los muchos ámbitos ganados y por ganar.